

Semiótica y Ciencias Humanas*

DESIDERIO BLANCO
Universidad de Lima



Resumen

Las presentes reflexiones reformulan ligeramente el prestigioso título de una obra de A. J. Greimas, fechada en 1976: *Semiótica y ciencias sociales*. El fundador de la moderna semiótica, de la semiótica como «proyecto científico», se planteaba en aquella obra «reflexionar sobre el estatuto semiótico del discurso científico», especialmente del discurso de las ciencias sociales. Es en ese sentido que el autor de este artículo reflexiona acerca de la semiótica en su relación con las ciencias humanas desde la perspectiva de la *interdiscipliniedad*.

Palabras claves: Semiótica, Ciencias humanas, Interdiscipliniedad.

Abstract

Semiotics and human sciences

Following Greimas' interest in developing semiotics as «a scientific project», a program to reflect on the semiotic statute of scientific discourse, the author of this article seeks to relate Semiotics to Human Sciences, taking on an interdisciplinary perspective.

Key words: Semiotics, Social Sciences, Interdisciplinary approach.

* Ponencia presentada al Seminario Taller de Investigación «Fernando Tola Mendoza», realizado en la Facultad de Letras en octubre de 2004.

1. Partimos del postulado siguiente: «La explicación científica es inconcebible sin intercambios interdisciplinarios». La semiótica misma nace de la confluencia entre la lingüística (particularmente, la fonología)¹, la antropología², la fenomenología³, las diferentes corrientes formalistas⁴, las gramáticas generativas⁵ y la lógica matemática⁶. No por eso desaparece la singularidad de cada disciplina. Todo «proyecto científico» se diferencia de los demás por dos rasgos fundamentales: (i) por el «objeto» que se construye a sí misma, y (ii) por el método que aplica para describirlo y explicarlo. Un mismo objeto de la naturaleza o de la cultura puede ser enfocado de maneras diferentes, y es la manera de mirarlo la que lo convierte en «objeto» de una ciencia. La semiótica moderna se abrió prontamente en dos direcciones: la *semiología* –que centró su interés en el *signo* como objeto de estudio– y la *semiótica*, cuyo «objeto» primordial es la *significación*, objeto que solo puede encontrarse en el *discurso*, es decir, por debajo de los signos o más allá de los signos. El método de la *semiología* no pasa de ser descriptivo y taxonómico, terminando en las grandes clasificaciones: *Tratado de semiótica general*, de Umberto Eco, es un buen ejemplo de ese tipo de estudios. Y, naturalmente, su mentor intelectual, Charles Sanders Peirce, lo es aún mejor. Y eso a pesar de que casi todos usan el nombre de «semiótica». La semiótica, tal como se entiende a partir de A. J. Greimas, tiene por objeto la «significación»: la significación es un fenómeno translingüístico; está hecha con el lenguaje, pero no se reduce al lenguaje; su materia es la vida entera, la experiencia vital transformada en la producción discursiva. El método para abordar ese objeto es el método *inmanente* y *generativo*. Consiste ese método en observar cómo se genera en el discurso la significación: sea que la significación esté ahí, frente a nosotros, en el discurso terminado; sea que la observemos en el momento mismo de su generación, en el *discurso en acto*. Sin embargo, no hay que confundir el *discurso en acto* con el *acto de discurso*. El *discurso en acto* es el discurso observado en el proceso *inmanente* de su constitución; y ese proceso solo se puede observar en el texto. El *acto de discurso* es el *acto empírico* de producción del discurso, acto personal y pasajero, el cual no es pertinente para la construcción de la significación.

En un primer momento, la semiótica, influida por el formalismo estructuralista, fijó su atención en las estructuras acabadas, para dar

cuenta de la significación creada en el discurso. Para ello, elaboró modelos adecuados: *cuadrado semiótico*, *recorrido generativo*, *esquemas y programas narrativos*... Pero todo «proyecto científico» tiene un camino por recorrer y un horizonte al que apuntar. Y en ese sentido, el «proyecto científico» de Greimas no se detuvo nunca: después de los dispositivos narrativos, encontró las *modalidades*, con lo cual incorpora a la semiótica de la significación dominios que antes se le escapaban, así como nuevos modelos analíticos: la *manipulación* y la *sanción*, la *persuasión* y la *veridicción*. Y lo más importante, las estructuras modales complejas le permitieron dar cuenta de ese inmenso y complejo dominio de sentido que son las pasiones, los afectos, los sentimientos y las inclinaciones.

El nuevo paso era ya inminente: los afectos, los sentimientos, las pasiones no se pueden concebir sin *lo sensible*, sin la sensación, sin el sentir, sin la *estesis*. Y ese momento, se abre con el gran ventanal de *De la imperfección* (1987), que inicia el acceso a la semiótica de lo sensible, cuya primera elaboración científica aparece ya en *Semiótica de las pasiones*, última obra del maestro, escrita en colaboración con Jacques Fontanille (1991).

A partir de ahí, sus discípulos y epígonos han seguido diversas variantes: J. Fontanille y Cl. Zilberberg han sacado las consecuencias de los postulados planteados en *Semiótica de las pasiones* sobre la *tensividad fórica*, llegando a la semiótica tensiva; Eric Landowski se ha centrado de preferencia en la dimensión *estésica*. La metodología de Landowski es más bien fenomenológica; la de Fontanille/Zilberberg es preferentemente modelizante, decididamente más formal.

2. A lo largo de todo su recorrido, la semiótica nunca ha estado sola; en todo momento se ha puesto en contacto con las otras ciencias humanas y hasta con las ciencias naturales. En la primera etapa de su desarrollo, toma de la Química las nociones de *isotopía* y de *valencia*, aunque esta última a través de la lingüística estructural⁷. Últimamente, de las ciencias cognitivas ha acogido el concepto de *enacción*⁸.

Es indudable que la lingüística es la ciencia social que más aportes ha hecho a la semiótica. Después de todo, la semiótica no es más que una lingüística generalizada, de tal modo que hoy podemos hablar de una *semio-lingüística*. Pues la significación no solo se produce en los

discursos verbales, literarios o no literarios, sino en todo discurso, cualquiera que sea el código con el que trabaje. En ese sentido, una película es un discurso, una pintura es un discurso, un partido de fútbol es un discurso, la procesión del Señor de los Milagros es un discurso, la vida cotidiana es un discurso, etc.

Los aportes, pues, de la lingüística van desde la composición del signo hasta las estructuras sintácticas: la producción de la *semiosis* comienza cuando un plano de la expresión [*significante*] se correlaciona con un plano del contenido [*significado*]. Las unidades lingüísticas se destacan sobre un continuum por diferenciación, y adquieren *valor* por su relación con otras, creando así el modelo del *paradigma*; esas unidades discretas se combinan entre sí en un eje sintagmático de acuerdo con reglas que cada código elabora; el *sintagma* es el resultado de esas operaciones de combinación, y constituye la unidad mínima de la significación. Las unidades aisladas, los signos no significan nada, solamente «apuntan a»; la significación aparece embrionariamente en el sintagma, se amplía y se desarrolla con la frase, y se completa en el discurso. Eso sigue tan válido como siempre. Lo que pasa es que la lingüística nunca ha logrado superar los límites de la frase; para ella, después de una frase hay otra frase. La novedad que introduce la semiótica consiste en observar que la significación es asunto de todo el discurso, superando así los límites que se ha impuesto la lingüística.

Los modelos elaborados en el ámbito de la lingüística –primera de las ciencias humanas con un «proyecto científico»– sirvieron y siguen sirviendo a la semiótica como modelos de base: la dicotomía primordial saussuriana con la que la lingüística inicia su ruta científica, es la de *lengua/habla*, prolongada por Hjelmslev en la de *sistema/proceso*; el modelo del *signo*, elaborado por Saussure y proyectado por Hjelmslev a todos los ámbitos del sentido como *plano de la expresión* y *plano del contenido*, abiertos internamente en materia de la expresión y forma de la expresión, en materia del contenido y forma del contenido, superando con ese modelo el viejo y anquilosado esquema de «forma» y «fondo», que algunos críticos y estudiosos de la literatura siguen lamentablemente aplicando; el modelo de *paradigma/sintagma*, o más ampliamente *paradigmática* y *sintagmática* de la lengua, que es extensible a todos los sistemas de signos y a los discursos que se

construyen con ellos; el modelo de *denotacion/connotación*; el modelo de *lenguaje-objeto/metalenguaje*, etc.

De las corrientes formalistas, recogió la semiótica el modelo de las *funciones narrativas* (Propp), que Greimas redujo y extendió a la dimensión narrativa de todo discurso.

De la fenomenología, la semiótica ha incorporado varios elementos: Desde un comienzo, Greimas recurre a Merleau-Ponty y a su «fenomenología de la percepción» para elaborar la noción de *sema figurativo*; pero son las nuevas orientaciones de la semiótica tensiva las que más provecho obtienen de la fenomenología. El análisis del *discurso en acto* tiene que indagar primero la presencia de *estesis* en el campo discursivo; las «estesis» son esos momentos en los que surge la fusión entre el sujeto y el mundo sensible. La estesis proporciona el anclaje metodológico al acercamiento fenomenológico, puesto que se presenta en el texto como un encuentro con las «cosas mismas» (Husserl).

La *intencionalidad*, concepto igualmente fenomenológico, surge de esa tensión que se produce entre la apariencia convencional y ordinaria de las cosas y su aparición o revelación en el discurso. La intencionalidad es un «movimiento» que pone en marcha la «mira» entre una *fuentes* y un *blanco*. Movimiento que no tiene nada de psicológico, sino que es puramente discursivo, fenomenológico, y por lo tanto, que se puede describir. Nada tiene que ver con la «intención» psíquica de alguna entidad empírica, extra textual, como el autor, por ejemplo.

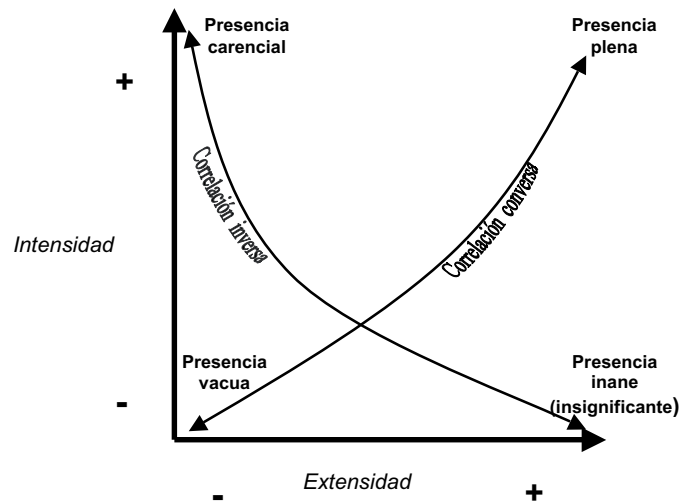
La experiencia de «la magdalena», en Proust, es un buen ejemplo de esos procesos semióticos: en la vaguedad de las percepciones convencionales, aparece de pronto una «estesis» singular; el gusto de la magdalena provoca la estesis: el reencuentro inesperado con recuerdos escondidos. Y de ese pequeño «evento estésico» surgen más de tres mil páginas de relato. La imperfección o desajuste entre la apariencia cotidiana de las cosas y la aparición de esa «sensación» efímera, da lugar a la *intencionalidad*, a esa tensión entre la *apariciencia* actual y la *aparición* virtual o *potencial* del *evento*, a ese movimiento en busca de su «representación» discursiva.

Pero toda «estesis» requiere una entidad que «sienta», y esa entidad que siente es el «cuerpo propio», categoría semiótica que J. Fontanille define como «*la forma significativa de una experiencia sensible de la presencia*»

(J. Fontanille). La categoría de la *presencia* es tomada igualmente de la fenomenología. La presencia es la propiedad mínima de la instancia de discurso, y la entidad mínima de la instancia de discurso es de nuevo el «*cuerpo propio*» (otra noción fenomenológica). El «cuerpo propio» como instancia de discurso toma posición en un campo que, ante todo, y aun antes de ser un campo en el que se ejerce la capacidad de enunciar, es un campo de presencia sensible y perceptible. De lo que se trata aquí no es de la presencia física, si no de la capacidad del texto literario para producir *efectos de presencia*. No hay que olvidar que estamos hablando siempre de *efectos de lenguaje* y no de entidades físicas; los seres que pueblan el discurso –personas, animales y cosas– son seres de lenguaje, y no seres de carne y hueso. Los «efectos de presencia» se basan en el poder de presentación *deíctica* de la enunciación.

También la filosofía clásica aporta elementos decisivos a la nueva semiótica tensiva. De Kant (*Crítica de la razón pura*) procede el modelo del *esquematismo*, que el filósofo alemán elaboró para explicar las correlaciones que se establecen entre la *imagen* y el *concepto*. El esquema de los conceptos sensibles (como figuras en el espacio) es concebido por Kant «como un producto de la imaginación pura *a priori*, por medio del cual y a partir del cual, las imágenes son posibles y pueden ser enlazadas con los conceptos que ellas designan». La semiótica tensiva, conducida principalmente por Cl. Zilberberg y J. Fontanille (*Tensión y significación*) incorporan el esquema kantiano, transformándolo en *esquema tensivo*, el cual permite explicar la gradación continua de las *valencias* de *intensidad* y de *extensidad* que dan origen a los *valores* del campo tensivo.

La mecánica del *esquema tensivo* articula las valencias indicadas por medio de dos tipos de correlaciones: (i) *correlaciones inversas*, según las cuales, si una valencia aumenta en su orden, la otra disminuye en el suyo; (ii) *correlaciones conversas*, donde las dos valencias aumentan o disminuyen de consuno. Veamos el caso de los modos de la *presencia* y cómo se distribuyen en el *campo tensivo*, delimitado por las *valencias* de la intensidad y de la extensidad. En cualquier punto del espacio tensivo pueden aparecer otros *valores* intermedios:



Otra manera de presentar esas mismas correlaciones es la de la *red*, que tiene forma de matriz:

	<i>Intensidad fuerte (+)</i>	<i>Intensidad débil (-)</i>
<i>Extensidad amplia (+)</i>	Plenitud	Inanidad
<i>Extensidad restringida (-)</i>	Carencia	Vacuidad

Las formas semióticas que se *generan* en el cruce de las *valencias* de intensidad y de extensidad, son *valores* semióticos.

La interdisciplinariedad, como estamos viendo, no quiere decir que cada disciplina *copia*, o traslada sin más ni más; las adopciones, las incorporaciones requieren un trabajo creativo de adaptación a la metodología y al «objeto» de la disciplina de acogida; de lo contrario, se incurre en un eclecticismo estéril y pernicioso. Cada disciplina tiene que mantener el rigor de su «proyecto científico».

Un buen ejemplo de incorporaciones creativas y provechosas nos lo ofrece Jacques Fontanille con los aportes que recoge del psicoanálisis:

«En *Psicopatología de la vida cotidiana*, Freud desarrolla un gran número de ejemplos [de *lapsus*] que ya son clásicos, repetidos regularmente por los psicoanalistas y por los lingüistas mismos. Pero la lectura del capítulo que consagra a esas muestras teratológicas del discurso cotidiano (y también literario) es más bien frustrante, pues no desemboca en un modelo de explicación específica del lapsus: cada análisis y cada explicación particular aparece como una explicación *ad hoc*, en forma de ascensión progresiva por una cadena causal, o por varias cadenas causales convergentes. Las explicaciones, son, ciertamente, seductoras, y con frecuencia convincentes, pero no son falsables, no pueden someterse a la prueba de verificación [verdadero / falso], por falta, justamente, de un modelo de referencia explícito, y al mismo tiempo, por ausencia de confrontación con otras explicaciones posibles.

Todo ocurre como si la explicación estuviera siempre teleológicamente dirigida hacia tal o cual hecho enterrado en el inconsciente: la duplicidad (o la multiplicidad) del discurso se resuelve siempre, a través de una formación de compromiso, en una interpretación única, y como si ella procediese de una búsqueda del origen del sentido. Pero ocurre que el lapsus hace vacilar la interpretación, podría incluso, como observa Ricoeur a propósito de ciertas metáforas, hacerla interminable: el lapsus como abertura de una indeterminación provisional, no acepta explicaciones exclusivas.

Existen, no obstante, en Freud elementos para elaborar una teorización del lapsus, que podemos exponer a grandes rasgos: En el caso del lapsus, las dos palabras o expresiones en competición pueden pertenecer a dos «complejos» en conflicto, o entrar en conflicto dentro del mismo *complejo perturbador*. Para simplificar, podríamos decir que, si en el olvido, el «complejo perturbador» impide la pronunciación de la palabra perturbada, en el lapsus, lo que hace es imponer otra, parcial o totalmente, en lugar de la primera. Lo que aquí se advierte es que la definición del «complejo perturbador» pone en escena no un conflicto entre términos, sino un conflicto entre operaciones: la «reproducción deseada», por un lado, y el «encadenamiento de ideas», por otro.

Dos nociones vienen a completar esta proposición central: la noción de *condensación*, tomada de las reflexiones acerca del sueño, que permite dar cuenta del conjunto de los mecanismos de recomposición lingüística del lapsus, y la noción de *desplazamiento*, que acompaña a la condensación en *La interpretación de los sueños*.

La recomposición de los componentes del lapsus (la *condensación*) es con toda evidencia una operación que recae sobre la combinación y el

número de componentes: una modificación del número de partes y de sus relaciones hace irreconocible la primera expresión por medio de la segunda. Además, el *desplazamiento* afecta ciertamente al «acento psíquico», según Freud, pero nosotros contamos con una versión puramente enunciativa y discursiva de ese «acento», en forma de rebajamiento y desplazamiento de la *fuerza de asunción*. *Condensación mereológica* y *desplazamiento de la fuerza de asunción* son, pues, las dos dimensiones enunciativas de la producción del lapsus.

Globalmente, la cadena causal e interpretativa, preferida por Freud, tiene una forma estable: del *lapsus* se remonta uno a la *condensación*, que hay que desenmarañar y tomarla a contrapelo, en sentido inverso; de ahí se llega a un «*complejo perturbador*», que es preciso reconstruir, para terminar finalmente en una o varias tendencias originarias. Así, pues, el lapsus tiene un origen, y desde ese origen se puede observar el lapsus: los principios de base de una intencionalidad subyacente quedan, ciertamente, salvados.

Pero no es menos cierto que, poniendo la mira en la interpretación de un sentido implícito [latente], la aproximación psicoanalítica trata ese sentido como un «origen». Ahora bien, para la semiótica, el sentido no es el *origen* del discurso; es apenas su materia y su horizonte. No es posible construir una teoría semiótica buscando el «origen» semántico de los lapsus, sino examinando cómo esa «materia» del sentido es estructurada en el acto de enunciación para desembocar en el lapsus». (*Soma y Sema: El lapsus*).

Esta larga cita de J. Fontanille ilustra con claridad cómo, en la discusión crítica con el psicoanálisis, el autor logra develar las insuficiencias y las desviaciones reificantes del psicoanálisis, y rescatar no obstante algunos elementos valiosos para llevarlos al modelo semiótico de la *enunciación en acto*, en el que el sentido no es el «origen» del discurso, sino la materia estructurada en el acto de enunciación, donde la *condensación* y el *desplazamiento* psicoanalíticos serán integrados como «concentración mereológica» y como «desplazamiento de la fuerza de asunción», es decir, como correlación tensiva entre *extensidad* (concentración mereológica) e *intensidad* (fuerza de asunción).

3. La semiótica tensiva toma de las ciencias cognitivas la noción de *enacción*, pero, igualmente, incorporando la nueva noción al modelo de la estructura tensiva. Veamos de qué manera se valora el concepto en la pluma de J. Fontanille, y en qué nivel de la nueva semiótica se incorpora.

«El término «*enacción*» proviene del verbo «to enact», que significa aproximadamente «hacer emerger», «suscitar». Varela, Thompson y Rosch definen la «*enacción*» como «acción encarnada» [aunque mejor sería decir «acción enactada»], acción según la cual «el mundo para sí» y el «sí» emergen conjuntamente.

El principio de la «*enacción*» se basa en la solidaridad entre la sensación, la percepción, la experiencia y la acción, solidaridad de la que pueden emerger «esquemas cognitivos». Ese principio no es sólo una hipótesis teórica; es también un principio de método que exige no disociar jamás el sujeto y el mundo.

La existencia de la *enacción* puede ser objeto de observaciones clínicas, y su despliegue es particularmente notorio en la literatura y en las artes figurativas en general.

Resumiendo, los estímulos sensoriales pueden ser localizados en el cerebro, pero el anclaje biológico de las organizaciones semióticas que de ellos resultan solo puede estar distribuido, no es localizable. Las corrientes conexionistas de las ciencias cognitivas muestran que un solo estímulo puede activar todos los tipos sensoriales y afectar a toda la experiencia en su conjunto. Y en ese sentido, las estructuras cognitivas, cuyo correlato es la organización semiótica de los discursos, aparecen como «esquemas emergentes» surgidos de esa activación distribuida.

Si el sujeto pierde la capacidad de distinguir las diferencias cualitativas (los colores, por ejemplo), fracasa al intentar construir «sistemas de valores»: ni valores diferenciales ni valores fóricos y emocionales.

Recibe, ciertamente, informaciones, pero no puede obtener ni diferencias ni orientación alguna. Y como el «valor» se encuentra en la base de toda significación, podríamos decir que tal sujeto es incapaz de convertir la información sensorial en «significación del mundo sensible». (J. Fontanille, *Soma y Sema*, pp. 90-91)

El punto de vista semiótico desprende, pues, de la «*enacción*» un cambio radical de pertinencia entre «la información sensorial» y la «significación del mundo sensible», cuyo criterio diferenciador es la formación de «sistemas de valores». Y esa misma distinción fundamenta el funcionamiento de la «estructura tensiva», la cual permite convertir

informaciones de tipo sensible y gradual en un sistema de posiciones diferenciales y significantes, en un *sistema de valores*.

4. Pero la *semiótica tensiva* acude también a otras corrientes de la semiótica misma a fin de aprovechar sus aportes específicos y darles su lugar pertinente en los dispositivos teóricos y metodológicos que le son propios. Esa recuperación interdisciplinaria se produce con los conceptos de *Primeridad*, *Segundidad* y *Terceridad* de la Semiótica de Peirce, así como con los de *icono*, *índice* y *símbolo*, que de ellos se derivan.

Existen tres maneras diferentes y jerarquizadas para conocer el mundo del sentido, según Peirce:

- La *Primeridad*: En ese primer nivel, aprehendemos las cualidades sensibles y emotivas del mundo. Este primer nivel solo conlleva un elemento: la *cualidad*. Por ejemplo, la sensación de «mojado» es una primeridad. El signo típico de ese nivel de aprehensión es el *icono*.
- La *Segundidad*: En este segundo nivel, la cualidad se pone en relación con algo distinto de ella misma. La Segundidad comporta dos elementos. La sensación de «mojado» se relaciona con la lluvia que cae; esa relación es ya segunda. El signo típico de este nivel es el *índice*.
- La *Terceridad*: Los dos primeros niveles se ponen en la perspectiva o bajo el control de un tercer elemento. Este nivel incluye, pues, tres elementos. Comúnmente, este tercer nivel se presenta como una ley, o como una convención: «Si está mojado, es porque llueve». En ese nivel, la relación de *Segundidad* se confronta con el clima por ejemplo, que funciona como *tercer* elemento, desembocando en la formulación de una regla. El signo típico de este nivel es el *símbolo*.

A fin de cuentas, la Primeridad, la Segundidad y la Terceridad no son más que tres momentos en la construcción de sentido, en la construcción de toda experiencia, y en general, en la construcción de la relación del hombre con el mundo que lo rodea. En la teoría peirceana, los tres niveles sirven fundamentalmente:

- Para construir el *signo* en cuanto tal, puesto que el *objeto* es Primeridad, el *representamen*, Segundidad, y el *interpretante*, Terceridad.
- Para distinguir los tipos de signos, ya que el *icono*, el *índice* y el *símbolo* participan, respectivamente, de la Primeridad (semejanza

cuantitativa) de la Segundidad (relación causal y/o explicativa) y de la Terceridad (convención, ley).

- Para distinguir varios tipos de objetos, de representámenes, de interpretantes, y luego, de *iconos*, de *índices* y de *símbolos*, siempre bajo el mismo principio, y por medio siempre de una nueva división en tres niveles. [Imperio de la estructura ternaria].

En cambio, si se adopta la perspectiva de la elaboración de un lenguaje y del funcionamiento del discurso que lo pone en marcha, nos damos cuenta de inmediato de que la triplicación peirceana interesa fundamentalmente a las *modalidades* de la elaboración de la significación. En la perspectiva de una semiótica del discurso, esas *modalidades* se presentan como *modos de existencia* de la significación. Así, el modo *virtual* (*Primeridad*) es el que comprende todos los «posibles» de un lenguaje, y particularmente, todos los «posibles» sensibles y perceptibles; el modo *actual* y el *realizado* (*Segundidad*) incluyen los hechos acontecidos; el modo *potencial* (*Terceridad*) comprende las leyes, las reglas y las convenciones que programan la existencia y sus transformaciones. (J. Fontanille, *Semiótica del discurso*, pp. 56-59)

5. La aparición de la *enunciación* en nuestra exposición nos conduce a una última problemática de la interdisciplinariedad, y no la menos importante, por cierto: la *praxis enunciativa*. Toda enunciación individual se inscribe en el marco global de la *praxis enunciativa*. Ningún enunciador *enuncia* aisladamente, desconectado de otros enunciadores; todo enunciador es un actante societal, y sus actos de enunciación se inscriben en un funcionamiento más amplio del lenguaje, funcionamiento eminentemente creador y cohesivo: *creador*, porque asegura globalmente la renovación y la adaptación de las formas lingüísticas a nuevos usos y nuevas exigencias socio-culturales; *cohesivo*, porque asegura y recuerda en todo momento la solidaridad de la cadena del discurso. Ahora bien, todas las ciencias producen discursos; finalmente, las ciencias son discursos, y todo discurso, requiere, para existir, actos de enunciación. La existencia de discursos diversos presupone diversos actos de enunciación. La enunciación es siempre implícita, nunca está en el enunciado, y si *parece* que está, está solo en *simulacro*: como *enunciación enunciada*. En suma, la enunciación es un *efecto* del enunciado (H. Parret).

Pues bien, ese «funcionamiento general» al que acabamos de hacer alusión, es el funcionamiento de la *praxis enunciativa*, en cuyo seno las diversas enunciaciones de un mismo universo cultural cooperan entre sí, o se combaten, se enriquecen mutuamente o se transforman, se traban o se desarrollan, dando por resultado discursos rutinarios o novedosos. En el ámbito de la *praxis enunciativa* son conducidos, acompañados y atestiguados los diversos movimientos de la vida de las lenguas y de los discursos; en él adquieren forma las operaciones productivas de los discursos concretos en todas las áreas de la cultura. La *praxis enunciativa* es la que hace posible la *interdisciplinariedad*.

Precisando algo más el concepto, diremos que la *praxis enunciativa* es la que hace posible la aparición y la desaparición de los enunciados y de las formas semióticas en el campo del discurso, así como el encuentro del enunciado con la instancia que lo toma a su cargo. La *praxis enunciativa* administra la presencia de las unidades discursivas en el campo del discurso: ella convoca los enunciados que lo componen; ella los asume con mayor o menor fuerza, les otorga diversos grados de intensidad y una determinada cantidad. Recupera igualmente formas esquematizadas por el uso, como los estereotipos y las frases hechas, y las reproduce tales cuales o les da la vuelta y les insufla nuevas significaciones; presenta otras formas con todo el brillo de la innovación, asumiéndolas como singulares, o las propone para un uso más amplio. Decide si es legítimo incorporar al discurso esta o aquella teoría elaborada en otro discurso, en otra región científica, asumiéndola como se presenta en aquel discurso, o transformándola de acuerdo con los principios de la disciplina de acogida.

Como podemos advertir por lo dicho, la *praxis enunciativa* es *interactiva*; extrae formas de un espacio de esquematización, que ella modifica y enriquece constantemente. Por otra parte, supera la oposición entre sincronía y diacronía, puesto que mantiene el enlace entre un estado sincrónico dado y todos los estados sincrónicos anteriores y posteriores. Si existen leyes de la *praxis enunciativa*, serán, por definición, *pan-crónicas*.

Finalmente, la *praxis enunciativa* gestiona los modos de existencia de las unidades y de los enunciados que entran al discurso: capta esas unidades y enunciados en su estadio *virtual* (en cuanto entidades de un sistema); las *actualiza* (en cuanto seres de lenguaje y de discurso);

las *realiza* (en cuanto expresiones); y las *potencializa* (en cuanto productos del uso). Los modos de existencia, cuya variación y administración conduce la praxis enunciativa, conciernen directamente a las relaciones entre el sistema y el discurso, dado que el sistema es, por definición, *virtual*, mientras que el discurso [proceso] apunta a la *realización*. La *interdisciplinariedad* tiene en la *praxis enunciativa* su instrumento más eficaz.

6. Finalmente, la semiótica no pretende enseñar a cada una de las disciplinas con las que entra en relación y con las que colabora, lo que es significativo en su propio dominio. En cambio, tiene la capacidad de indicar de qué modo un determinado problema de una disciplina puede tener eco en otra. Uno de los aportes que la semiótica ha hecho a las demás ciencias es el criterio de «pertinencia», que se resuelve por medio de la «conmutación»: si un elemento o conjunto de elementos se cambia por otro y la significación cambia, entonces ese elemento o conjunto de elementos es pertinente en el sistema. Ese criterio se aplica igualmente para establecer el «dominio de pertinencia» cada disciplina.

La «mira intencional» (en el sentido de «poner en la mira») y la «captación» son las operaciones elementales con las que se inicia la emergencia de la significación. Como la ciencia –toda ciencia, dura o blanda– es un espacio de producción de sentido, pone en marcha desde el primer momento esas dos operaciones. La «mira intencional» impone la intensidad: tensión, fuerza, rigor, calidad, mientras que la «captación» circunscribe el «dominio de pertinencia» de cada ciencia.

- El punto de vista orienta la «mira» sobre el campo de presencia.
- Los límites de un dominio de pertinencia se imponen a la «captación» de la significación.
- La «mira» descansa en la *intensidad* de la tensión que ella misma instaaura entre la *fuerza* y el *blanco* de la «mira».
- La «captación» procede por delimitación de una *extensión actorial, espacial y/o temporal*, y cerca el dominio para inscribir en él el objeto de «mira».

Por otra parte, la semiótica puede proporcionar «pasarelas» para lograr intercambios de hipótesis, de instrumentos conceptuales y de soluciones concretas entre las diversas ciencias que se interrelacionan en un momento dado.

Notas

- ¹ Saussure, F. de, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1974; Trubetzkoy, N. S., *Principios de fonología*, Madrid, Cincel, 1973; Hjelmslev, L., *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1971.
- ² Lévi-Strauss, Cl. *Antropología estructural*, Buenos Aires, EUDEBA, 1970 ; *El pensamiento salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964; Mauss, M., *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1979.
- ³ Husserl, E., *Investigaciones lógicas*; Madrid, Revista de Occidente, 1976. Merleau-Ponty, M., *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Península, 1975.
- ⁴ Propp, V., *Morfología del cuento ruso*, Madrid, Fundamentos, 1972; Uspensky, B., *A Poetics of Composition*, Berkeley, California U. P., 1973.
- ⁵ Chomsky, N., *Estructuras sintácticas*, México, Siglo XXI, 1976; *Aspectos de una teoría de la sintaxis*, Madrid, Aguilar, 1970.
- ⁶ Shannon, C. E. & Weaver, W., *The mathematical Theory of Information*, Urbana, Univ. of Illinois Press, 1949.
- ⁷ Cf. L. Tesnière, *Elementos de sintaxis estructural*, Madrid Gredos, 1994.
- ⁸ Cf. F. Varela, E. Thompson y E. Rosch, *L'inscription corporelle de l'esprit*, Paris, Seuil, 1993. [En español: *De cuerpo presente*, Barcelona, GEDISA, 2000].

Referencias bibliográficas

- GREIMAS, A. J. (1971): *Semántica estructural*. Gredos, Madrid.
- _____ (1991): *Semiótica I y II. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Gredos, Madrid.
- _____ (1990): *De la imperfección*. Fondo de Cultura Económico / UAP, México.
- GREIMAS, A. J. y Fontanille, J. (1995): *Semiótica de las pasiones. De los estados de cosas a los estados de ánimo*, Siglo XXI/UAP, México.
- FONTANILLE, J. (2001): *Semiótica del discurso*, Fondo Editorial de la Universidad de Lima, Lima.
- _____ *Soma y Sema. Figuras semióticas del cuerpo*. Fondo Editorial de la Universidad de Lima, Lima [en prensa].
- FONTANILLE, J. y Zilberberg, Cl. (2004): *Tensión y significación*. Fondo Editorial de la Universidad de Lima, Lima.
- PARRET, H. (1987): «La déictisation et la modalisation». En *Prolégomènes à la théorie de l'énonciation*, Peter Lang, Paris, pp. 112-128.
- ZILBERBERG, Cl. *Semiótica tensiva*. Fondo Editorial de la Universidad de Lima, Lima [en prensa].